

El abuelo Rodríguez Freire

Escribe: DANIEL SAMPER PIZANO

Conocemos dos posiciones en torno a *El Carnero* y su autor. La primera, más definida que la otra, pretende ubicar a esta obra dentro de un solo tipo literario. La segunda, mucho más vaga que la anterior, la considera conformada principalmente por varios tipos.

Inconscientemente, muchos críticos buscan catalogar a *El Carnero* dentro del género, si no de sus preferencias, al menos que mayor simpatías le despierta entre aquellos que toca *El Carnero*.

El doctor Miguel Aguilera, historiador, quiere clasificar a la obra en este género de manera excluyente, y dice: "Es preciso desechar la idea de que la producción de Rodríguez Freire es del género costumbrista, novelesco o imaginativo". Prefiere ponerse al lado de quienes lo consideran cronista-historiador, sin diferenciar para nada estos dos términos y, también por eso, queda colocado en el grupo que bautiza a *El Carnero* en un solo género.

Felipe Pérez, en el prólogo a la primera edición de *El Carnero*, considera que es una obra histórica que si no es "un libro a la altura de la historia moderna, es lo cierto que, por lo raro y bien sostenido de su estilo y la sana imparcialidad de sus conceptos, es superior a la época y al país en que se escribió".

Rafael Maya, aunque con mayor amplitud, define también a Rodríguez Freire como un historiador. Más profundo en su crítica que Aguilera, descubre otros contornos en Rodríguez, pero insiste en su clasificación.

Sanín Cano ubica también como cronista al autor y distingue claramente entre crónica e historia, confusión que se manifiesta en otros críticos. "Su obra no es propiamente histórica —dice el maestro antioqueño—. Se le puede dar con más precisión el título de crónica por tratarse en ella principalmente de recuerdos personales, entreverados de relatos escandalosos sobre la vida de la Colonia". Para don José María Vergara, *El Carnero* es una crónica y no se aventura a descubrir elementos diferentes en el libro.

Una de las concepciones críticas más limitadas y vulgares que se tienen de *El Carnero*, concepción que prolifera entre los profesores de li-

teratura colombiana, actualmente, es la de considerar a este libro como un gran chisme. Bayona Posada cae en este pecado, y llama a su autor, personaje de la literatura de “los corrillos y de las comadres”. José J. Ortega se limita a citar a Gómez Restrepo y a Vergara y Vergara, en la escasa página que él dedica a *El Carnero*. En un renglón suyo, habla de “esta crónica” sin apoyarse en ninguna consideración.

Todos estos críticos que hemos citado pueden ser ubicados entre los que encasillan a *El Carnero* dentro de una sola oportunidad literaria. Con la amplitud de Maya o la estrechez de Aguilera, todos insisten en bautizar a *El Carnero* con un solo nombre. Sin tener en cuenta que también hay bautizos de varios nombres y que, entre los géneros literarios siempre hay fronteras oscuras que se componen de diversos elementos de uno y otro —u otros— géneros.

Antonio Gómez Restrepo pertenece, en cambio, a la segunda escuela. A la que clasifica a *El Carnero* con diferentes elementos literarios. Don Antonio considera que hay un género picaresco que aunque no define suficientemente parece ser, para él, el relativo a las “capas sociales en donde la miseria corre parejas con la ausencia de sensibilidad”. De todos modos, juzga que lo picaresco es un elemento que admite mayor especificación; novela picaresca, crónica picaresca; y prefiere determinar a *El Carnero* con nombre y apellido. Por eso no es solo “lo picaresco”, ni solo la crónica, sino que es un cronista picaresco. Seguidor de Gómez Restrepo es Juan de Dios Arias quien identifica a *El Carnero* como la crónica más representativa de “ese género español que se llamó “la picaresca”.

Interesante por ser la antítesis de la consideración de Aguilera Blanco, es la crítica de Gustavo Otero Muñoz, quien específicamente señala a *El Carnero* como una obra de carácter “novelesco-anecdótico” y a su autor como el más ameno “novelador de la historia colombiana”.

En un libro que publicó recientemente, Eduardo Camacho Guizado también considera con más amplitud la obra, y no la encasilla tercamente en determinado género.

Estos estudiosos, entre otros, reconocen en *El Carnero* un libro que debe catalogarse con la reunión de distintos puntos de referencia. Creemos que esta es la manera como debe considerarse esta obra, aunque en dicha consideración se tomen puntos de ubicación diferentes, tal y como lo hemos destacado entre los autores citados arriba.

El propio Rodríguez Freire da una definición de su obra, en que no define nada. La llama, simplemente “discurso” y, en su razón de ser, explica que se trata de una “relación sucinta y verdadera, sin el ornato retórico que piden las historias, ni tampoco lleva ratiocinaciones poéticas, por que solo se hallará en ella la desnuda verdad”, de algunos hechos sucedidos en el nuevo reino. Un análisis somero de esta obra sobre la Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del Mar Océano y fundación de la ciudad de Santa Fé de Bogotá, como la llamó su autor, pondrá en evidencia los diferentes géneros —o puntos de ubicación, mejor— que entran en juego en *El Carnero*.

* * *

Ante todo, especifiquemos que Rodríguez Freire, al escribir *El Carnero* no quiso hacer una obra de determinado género. Es decir, no se puso a escribir una crónica, ni una historia científica, ni una novela, ni un cuento. Escribió, sencillamente, lo que quería escribir, sin sujeción alguna a tal o cual norma. Tampoco escogió tema específico alguno, sino que trató, en general, de una serie de acontecimientos llegados a él por tradición verbal, por tradición escrita o de los cuales fue testigo presencial. Tiene su obra mucho de moralismo, y de paternalismo, y de periodismo, y de historia, y de cuento y de novela, y de crónica. Nos atrevemos a decir que la actitud de Rodríguez Freire al escribir *El Carnero* fue la del abuelo que narra cuentos a sus nietos. Cuentos y anécdotas e historietas.

Ciertamente, cuando escribió la obra, entre los setenta y los setenta y pico años, Rodríguez Freire reflejaba un hondo sentimiento de paternalismo, de un paternalismo tan acendrado que llegaba a ser, si se nos permite el término, "abuelismo".

El obsesionante afán de amenidad manifestado a lo largo del libro, deja ver en él ese sentido semejante al del abuelo. No tiene empacho en cortar en dos un relato, dejando un suspenso muy estilado en la novela actual, con tal de no aburrir al lector.

Pero, veamos independientemente las principales características de *El Carnero*, esas que hacen de ella una obra no catalogable exactamente en ningún género literario.

* * *

El Carnero tiene de novela, aunque no es este uno de sus aspectos descollantes. Sin embargo, no tiene características novelescas en cuanto su contenido pues este posee basamento histórico sólido, hasta el punto de que ni siquiera puede decirse que es una novela histórica, por no acudir en ningún momento a lo apócrifo. Novelesco es en cuanto a los elementos formales de que echa mano. Esta característica está vinculada estrechamente a la de la amenidad. La técnica de suspenso, a la que acude Rodríguez, es empleada frecuentemente por autores de diversa índole en el terreno de la novela. Autores de novelas de aventuras como Edgard Rice Burroughs, el creador de Tarzán; o de novelas sociales, como Mario Vargas Llosa; o de novelas psicológicas, como Mejía Vallejo, hacen uso del suspenso, técnica eminentemente novelística.

Hay momentos en que ese suspenso adquiere características de novela radial, al plantear ese mismo estereotipo de llegar a una situación de interés y cortarla anunciando su desenlace en "un próximo episodio". Así, Rodríguez termina un capítulo de su obra con estas palabras: "Eché la gente afuera (un alcaide vigilante de un preso que tenía un plan para escapar) dejole lumbre encendida y un Cristo, cerró la puerta del calabozo y otra que estaba afuera. Fuese a acostar, por no tener ocasión de abrir a nadie, con lo cual quedó la cárcel sosegada y sucedió lo que se verá en el siguiente capítulo". Otras veces acude al suspenso, no ya por técnica novelística, sino porque parece que, de no hacerlo así, se le "envolataría" el relato. Es un poco la cualidad del maestro que suspende en determinado

momento una narración o una explicación con el fin de adelantar algo de otra para hacer más comprensible el tema total. Y así lo hace Rodríguez Freire, con tamaña desfachatez, cuando corta determinada narración y, antes de introducir otra, dice: "Espéreme aquí el lector por cortesía un poquito".

Finalmente, en instantes, el suspenso de don Juan adquiere las características del de Scharazada en las **Mil y una noches** cada vez que interrumpe su cuento, aunque con discreción mucho menos evidente que la de la fantástica narradora: "...y con esto, se fueron todos a dormir lo poco que restaba de la noche, y yo también quiero descansar".

Actitudes, de maestro asume Rodríguez, según decíamos antes, para desarrollar su obra. Y es este uno de sus aspectos del paternalismo, de su exagerado paternalismo. De golpe, al narrar determinada historia a sus lectores, los convierte en alumnos cuando, como cualquier maestro que da bibliografía a sus discípulos, dice: "De allí pasó al Perú (el visitador Díez de Armendáriz) e hizo la gente con que bajó por el río de Orellana o Marañón, donde le mató el tirano Lope de Aguirre y a su querida señora Inés, como lo cuenta el padre Castellanos en sus **Elegías**, y el padre Fray Pedro Simón en sus **Noticias historiales**, a donde remito al lector que quisiera saber esto".

También como cualquier maestro, don Juan suministra sinónimos de algunos términos que emplea, no como rasgo de su estilo, sino con un exclusivo fin didáctico; de allí que haga esto sin acudir a elementos formales que diluyan un poco la sensación paternalista: "Estaban parados, y el visitador reconoció (percatose de) la diferencia". De esta manera obraría un maestro que quiera aclarar el sentido de un término a sus alumnos. Inclusive, escribe con esa preposición al aire que es de usanza en los diccionarios, por ser un libro científico de consulta y didáctica.

Como veremos posteriormente, el moralismo es uno de los más acendrados caracteres de Rodríguez Freire. Y, en especial, su odio a la mujer, plato fuerte de todos los críticos de **El Carnero**. Pero lo que cabe destacar aquí es que todos esos consejos morales que a lo largo de la obra da don Juan no son otra cosa que un efecto directo de su paternalismo, de su "abuelismo". Don Juan se cree la voz de la experiencia. O, mejor, no se cree, sino que da por sentado ese hecho. De allí las frecuentes alusiones a su edad en lo que él basa la autoridad para emitir conceptos morales y comentarios al margen. Característica esta del más elemental paternalismo.

"¡Oh, hermosura, dádiva quebradiza y tiranía de poco tiempo! También la llamaron reino solitario, y yo no se por qué; por mí se decir que yo no la quiero en mi casa ni por moneda ni por prenda, porque la codician todos y la desean gozar todos; pero paréceme que este arrepentimiento es tarde, porque cae sobre más de los setenta". Es, de nuevo, el abuelo que habla a sus nietecitos, con la convicción sentada de poseer la verdad a través de la experiencia, y les regala, generosa y cariñosamente sus consejos. Los nietos, los lectores.

* * *

Pero, hablamos atrás del moralismo en la obra de Rodríguez Freire. Evidentemente, a lo largo del escrito se repiten —algunas, hasta el cansancio, como la misoginia— secuencias moralizadoras. Uno de los pocos autores que ven en Rodríguez, claramente, al moralizador, es Maya. Algunas veces será la frase aislada, colocada dentro de un relato: “La casa a donde la sola voluntad es señora, no está segura la razón, ni se puede tomar punto fijo”. Otras veces será el párrafo completo de sentido moralizante: “Es la ingratitud pecado luciferino, y así penan en el infierno el capitán y los soldados que la siguen, que con esto digo todo. La ingratitud es un viento que quema y seca para sí la fuente de la piedad y el río de la misericordia, y el arroyo y manantial de la gracia”. Y, en otras oportunidades, será toda una secuencia de afán moralista, como cuando se refiere, por enésima vez, a la mujer en el caso del arzobispo Lobo Guerrero.

Hasta en este ánimo de moralista, adopta actitudes del abuelo don Juan. Léase arriba aquella frase en que manifiesta: “que con esto digo todo”, y, como si no hubiera dicho nada, continúa su pequeño sermón. De igual manera, el abuelo con sus nietos.

A nadie se escapa la profunda aversión que Rodríguez Freire tuvo hacia las mujeres, sentimiento que el autor demuestra con exagerada frecuencia y cada vez más vehementemente.

Baste con citar algunos de los más moderados epítetos con que califica al sexo débil. “La mujer es arma del diablo, cabeza del pecado y destrucción del paraíso”. “Si entran por medio de mujeres, Dios nos libre”. ¡Oh mujeres, malas sabandijas, de casta de víboras!”. “Hombres y mujeres son las dos más malas sabandijas que Dios crió”. Pero no todo ha de ser en Rodríguez Freire amargura contra la mujer. No todo ha de ser aversión hacia ella, ni todo, tampoco, moralismo. Don Juan juntaba a sus cualidades la de ser un satírico humorista.

En alguna parte de su obra dice, quejándose mordazmente del descuido en la selección de los que llegan a Santa Fé: “En este tiempo (el de sus padres) había una cédula en la Casa de la Contratación de Sevilla, por la cual privaba Su Majestad el Emperador Carlos V, nuestro Rey Señor, que a estas partes de Indias no pasasen sino personas españolas, cristianos viejos, y que viniesen con sus mujeres. Duró esta cédula mucho tiempo. Ahora pasan todos: debiose de perder”. Estas últimas, que compendian su crítica, denotan el profundo espíritu satírico de Rodríguez: “Ahora pasan todos: debiose de perder”.

* * *

Es otra de las características de **El Carnero** que saltan a la vista, la de la obsesión del autor por hacer de la obra una lectura amena. Es tanto su afán en este sentido, que llega a abandonar totalmente un relato, para no cansar a quien lo lee: “Y con esto, —dice— vamos a otro capítulo, que este nos tiene a todos cansados” y, pone punto final a una narración, sacrificándolo todo en aras de la amenidad. Es curioso, sin embargo, que a pesar de esta obsesión incurre en interminables enumeraciones de soldados y personas, que afectan la amenidad misma del relato.

En esto, don Juan tiene, también, mucho del abuelo cuenta-cuentos. En veces, introduce técnicas de puro cuento infantil con tal de investir de amabilidad a sus historias; escribe, por ejemplo, “en ínterin que llega el primer presidente de este reino”. No dice “en ínterin que nos referimos al primer presidente de este reino”, sino que para dar vida a su relación introduce activamente al presidente del reino y le da un movimiento en la historia. Otro caso más claro: en algún capítulo de la obra, Rodríguez narra la derrota del Cacique de Guatavita, y prosigue hablando sobre el vencedor, Bogotá, quien fue el teniente del propio Guatavita. Páginas más adelante, escribe: “Y con ésto... volvamos al cacique de Guatavita, que como vencido se queja de mi descuido por andarme, como dicen, a viva el que vence”. Con tal de dar amenidad a su narración, pues, es capaz de imaginar vida en los personajes de quienes habla, hasta el punto de afirmar, como vemos, que Guatavita debe estar quejoso de él.

También es nota de esa amenidad el agregar datos explicativos a las historias. Pero lo hace con tal descuido, que se deja llevar por la explicación y se olvida de lo que quería complementar. Así, llega a perder totalmente el hilo de algún relato, según el párrafo que transcribimos en seguida, copiado exactamente del libro, y en el cual lo complementario va entre los paréntesis que el mismo autor coloca olvidándose de la idea central: “A los fines del gobierno del Dr. Antonio González, y al principio de la Presidencia del Dr. don Francisco de Sandi, siendo corregidor de la ciudad de Mariquita Pedro de Andújar (son de este corregimiento de dicha ciudad, la de Tocaima, la de Ibagué, los Remedios, y también lo era Victoria la Vieja, que de ella no ha quedado más que el sitio de su población con sus ricos minerales y veneros de oro)”. El lector se queda esperando, al suprimir mentalmente la explicación, que le cuenten qué pasó “a los fines del gobierno del Dr. Antonio González”, pero Rodríguez se ha olvidado de decirlo.

* * *

Si el autor de marras hubiera nacido en la época presente, no dudáramos que sería un connotado periodista, en especial si se hubiera dedicado a la crónica “roja” o de policía. Las cualidades de agilidad, minuciosidad, investigación e interés del tema que demanda la tarea de esta rama periodística se encuentran muy bien desarrolladas en Rodríguez Freire. Esa dedicación a los casos de adulterio, crimen pasional, homicidio por celos, estafas, robos y, en general, todo lo que con delito tenga que ver, demuestran que Rodríguez guarda profunda afinidad con la narración de crónica judicial de este tiempo. Pero tal cualidad es solo un efecto del natural don periodístico que queremos adivinar en el escritor colonial. Por ello es tan detallista en algunas de sus relaciones, hasta el punto de que estas pasan a ser informaciones. A primer momento pueden producir hilaridad algunos de esos datos prolijos, pero, reflexionando un poco, es preciso reconocer que lo que interesa al lector de prensa es, muchas veces, el detalle: que el presidente vestía camisa a rayas, que el ministro estaba con gafas negras, que el alcalde asistió a la reunión con un rasguño en la mejilla. Ese detallismo se manifiesta en Rodríguez, por ejemplo, cuando,

luego de hablar de que don Pedro de Hungría huyó de Santa Fé a Ibagué y allí algún vecino le regaló un caballo para que siguiera su viaje. dice: "De este caballo bayo hay hoy raza en los llanos de Ibagué".

Recordamos que, hace unos meses, fue muerto en Bogotá el hampón conocido como el "Chino" Osorio. Se le descubrió ingiriendo licor en una tienda, y, de los datos que más interesaron al lector de prensa al conocer la noticia al día siguiente, fue el de que el delincuente había bebido X número de cervezas, y había dejado una cuenta por cuatro pesos con veinte. Dígase si el pasaje que reproducimos a continuación, de Rodríguez Freire, no da muestras de idéntica minuciosidad: "con esto se fueron a la venta (el Alguacil y Juan Roldán). Estaba la mesa puesta. Sentáronse a almorzar, y estando comiendo le preguntó el alguacil al Juan Pérez si tenía algún bizcocho y algunos quesos. Respondióle que sí tenía. Acabado de almorzar, se levantó el alguacil, entró a pagar al Juan Pérez lo que le debía, y pagole asimismo dos arrobas de bizcocho y cuatro quesos, encargándole mucho los diese a Juan Roldán y que en una de aquellas canoas que iban a los Remedios lo embarcase".

Fue también, comentarista don Juan. En muchos momentos, no podía evitar la tentación de introducir un corto comentario en torno a una situación. No es de extrañar esta característica por el partenalismo que le adjudicábamos y el consiguiente sentido moralista que demostró. Y es que el comentario era, en muchas oportunidades de tono moral.

En esta mar de géneros que descubrimos en *El Carnero*, todo para dar la sensación del abuelo que narra historias para entretener, más que para ilustrar, a sus nietos, el único elemento que brilla por su ausencia es el poético. Raro caso, ciertamente, porque Don Juan no parece ser, propiamente un individuo flemático o cerebral, sino más bien una persona de profundo sentimentalismo. Y no es que los relatos no se prestaran, pues Rodríguez les infundía tal personalidad, que los sacaba del marco de mera recopilación de hechos. Solo en una ocasión el autor esboza un trazo de sentido poético, y no mal logrado por cierto. Dice así: "Trajo el capitán Olaya una grande balsa para llevar a su hija. Saliolos acompañándolos el licenciado Anuncibay hasta el puesto de la balsa; vió embarcar su alma, y que se le iba por aquel ancho piélago. Esperó hasta perderlos de vista. Volvió a la ciudad algo tarde, que apenas podía salir de los malos pasos".

* * *

Interesante escritor, en verdad polifacético, fue este Juan Rodríguez Freire, que ha sido tan maltratado por nuestros profesores de literatura con el mote de "chismoso", y a quien pretenden ubicar dentro del género de sus preferencias muchos de nuestros críticos.